



XXI

Mi cuarta visita

VAMOS ahora á mi última visita de cumplimento!—dije al cochero, y nos dirigimos hacia el hotel del príncipe Ivan Ivanovitch. Después de las pruebas porque había ya pasado en mis anteriores visitas, iba recobrando yo un poco de aplomo, y me dirigía ahora á casa del príncipe general, con el espíritu asaz tranquilo, cuando súbitamente me acordé de que la princesa Kornakov me había dicho que yo era uno de sus herederos. Esto y el ver delante de su puerta dos coches parados, me devolvió toda mi anterior timidez.

Parecióme que el viejo suizo que me abrió la puerta, y que el criado que me quitó el abrigo, y que tres damas y dos caballeros que se hallaban en el salón, y que, sobre todos, el mismo príncipe Ivan Ivanovitch que, vestido de paisano, se hallaba sentado en el diván, todos ellos me miraban como á un heredero, y por esto mismo con fuerte malevolencia. El príncipe estuvo muy amable conmigo, me besó, es decir, puso un segundo sus labios fríos y secos sobre una de mis mejillas, y me preguntó por mis ocupaciones y por mis proyectos; me preguntó también, con su poquito de ironía, si aun escribía versos como aquellos que dediqué á mi abuela, y hasta me invitó á comer con él aquel mismo día.

Pero, cuánta más amabilidad demostraba conmigo, más me parecía á mí que obraba de este modo para no descubrir lo des-

agradable que le era la idea de que fuese yo uno de sus herederos. Tenía la costumbre, por culpa de los dientes postizos que llevaba, de levantar un poco el labio superior hacia la nariz mientras hablaba, con lo cual producíase una especie de ligero ronquido, y entonces parecióme que al hacer esto quería decirme: «Niño, niño, ya sé, ya sé que eres mi heredero...»

En nuestra infancia llamábamos «abuelo» al príncipe Ivan, pero ahora, conocida ya mi calidad de heredero, no acertaba á llamarlo, y «Vuestra Excelencia», como los presentes decían, parecía-me humillante para mí, de tal modo, que mientras duró nuestra conversación hice lo posible para no llamarle de ningún modo. Sin embargo, la vieja princesa, que era también heredera y vivía en la casa con el general, era la que producía en mi ánimo mayor y más extraña confusión. Para la comida, me pusieron al lado de la princesa, y creo que no me dijo en todo el tiempo que estuvimos juntos una sola palabra, porque me detestaba en mi calidad de co-heredero del príncipe, y que el príncipe, además, no se dignaba poner en nosotros la menor atención, porque la princesa y yo éramos sus herederos y por esto sólo ya nos odiaba.

—Oh! sí, no puedes figurarte, —decía yo aquella misma noche á Dmitri, deseando que viera en mí el disgusto con que me veía á mí mismo heredero del príncipe, pues me figuraba yo entonces que este menosprecio por su herencia era cosa digna de ser alabada. —A no ser por lo que te digo, no hubiera pasado del todo mal mis dos horas en casa del príncipe Ivan Ivanovitch, pues es un hombre encantador y ha estado muy amable conmigo,—añadí luego para hacer creer á mi amigo que cuanto acababa de decir no obedecía á que me hubiese sentido humillado por el viejo príncipe.—Pero, es para mí cosa terrible que se me pueda considerar como á la princesa que vive en su casa y que se humilla siempre ante él. Es un anciano de veras agradable, buenísimo y con todos muy fino y delicado, pero da gran pena ver del modo que trata á esa princesa. Oh! el dinero miserable es el que rebaja el valor de toda clase de relaciones entre los hombres!—Y continuando en mis razonamientos dije todavía á mi amigo:—Lo mejor creo que sería tener con el príncipe una franca explicación; decirle que le estimo mucho



como hombre y que le quiero como pariente, pero que no pienso en su herencia y que renuncio á ella suplicándole que no me deje á mí nada, y finalmente que tan sólo con esta condición me avengo á volver á su casa.

Dmitri no rompió simplemente á reír al escuchar mis palabras, prueba de que tomaba también la cosa en serio. Permaneció un rato pensativo, y después de un corto silencio me dijo:

—Sabes?... No tienes completa razón en eso, pues tú no has de suponer que se tiene de tí la misma opinión que de una cualquiera princesa y si acaso quieres suponer esto, vé más lejos, esto es, supón que se pueden tener de tí semejantes ideas, pero que tales ideas están tan lejos de tu pensamiento que las desprecias enteramente y que nada harás basándote en ellas. Tú *supones* que él *supone* que tú *supones* esto...—y pareciéndole tal vez que iba á perderse entre tantas suposiciones, concluyó diciendo:—pero, lo mejor de todo es no *suponer* nada.

Mi amigo tenía totalmente razón; más adelante fué haciendo en mí la experiencia de la vida más fuerte la convicción de que no es nunca conveniente suponer nada y aun menos conveniente hablar mucho de lo que se considera noble y levantado y ha de tenerse, por tanto, escondido en lo más hondo del corazón. También me he convencido más tarde de que el solo hecho de anunciar públicamente alguna buena intención, hace su realización imposible. Pero, cómo contenerse y no expresar de algún modo los entusiasmos de la juventud? Esto no se siente sino más tarde, cuando se los recuerda y se los echa de menos, como la flor que no ha sabido conservarse, que se ha arrancado antes que se hubiese abierto del todo y que una vez mustia se ha tirado y se ha pisoteado...

Yo mismo, que acababa de decir á mi amigo Dmitri que el dinero es el gran perturbador de las relaciones entre los hombres, al día siguiente, antes de nuestra partida para el campo, al darme cuenta de que había malgastado mis cuartos en cosas inútiles, le pedí prestados veinticinco rublos para tener algún dinero en el camino, los cuales me dió enseguida y yo le debí bastante tiempo.



XXII

Conversación íntima con mi amigo

ESTA conversación la tuve con Dmitri en su propio coche, haciendo el camino de Kuntzovo. Mi amigo me había aconsejado que no fuese á casa de su madre por la mañana, y él después de comer me vino á buscar y me llevó consigo para pasar la velada con su familia y aún, si fuese preciso, dormir aquella noche en su casa, pues habitaban en pleno campo. Cuando, al dejar la ciudad, dejamos también atrás las calles sucias y llenas de toda clase de ruidos insoportables y se presentó ante nuestros ojos la vasta campiña, con el dulce rodar del carruaje por la polvorienta carretera, y el aire perfumado y el amplísimo espacio me rodearon por todos lados, entonces solamente me puse sobre mí un poco, venciendo la especie de aturdimiento que en mi espíritu habían obrado las numerosas impresiones nuevas que experimentara estos dos últimos días. Dmitri se hallaba en aquel estado dulcísimo de su alma, ni una sola vez había hecho aquel gesto tan peculiar suyo, como si quisiera con un movimiento de cabeza arreglarse el cuello de la camisa ó la corbata, ni guiñaba siquiera los ojos... Yo por mi parte, me sentía contento de haberle confiado mis ideas más nobles, creyendo que él me había perdonado ya del todo mi ridícula aventura con el señor de Kolpikov, y no pensaba ya siquiera en ella.

Y hablamos amistosa é íntimamente de infinitas cosas muy hon-
das que no se dicen por cierto en toda ocasión. Dmitri me habló de
su familia, que yo no conocía aun, de su madre, de su tía, de su
hermana, y hasta de la mujer que Volodia y Dubkov llamaban «la
pasión» de mi amigo... De su madre me hizo un elogio frío y severo,
con el objeto, sin duda, de prevenir cualquiera objeción que luego



se le pudiese poner; de su tía me habló ya con más calor, pero con cierta indulgencia también; dijo muy pocas cosas de su hermana, como si le diese vergüenza hablar de ella; pero de su «pasión» que se llamaba Lubov Sergueievna, solterona ya bastante madura, y que debido á relaciones de familia vivía en casa de su madre, me habló con una verdadera admiración.

—Oh! es una mujer de veras notable,—me dijo ruborizándose, pero mirándome atrevidamente en los ojos,—ya no es lo que se dice una joven,

mas bien se la puede tomar por vieja; no es hermosa, ni bonita siquiera... Pero, qué tontería, qué insanidad más horrenda amar la belleza! No puedo comprender eso, tan insensato me parece! —Y lo decía cómo si acabase de descubrir una verdad nueva y extraordinaria.—Pero con un alma tan grande, con un corazón, con unos principios!... Estoy convencido de que no hay en el mundo otra mujer semejante...—No sé de dónde había sacado Dmitri la costumbre de decir que todo lo que es bueno es también muy raro en el mundo actual; le gustaba mucho repetir este concepto, y le iba perfectamente. Luego continuó aplastando bajo su razonamiento á los hombres que amaban nada más que la belleza:—Temo únicamente que no puedas comprenderla enseguida y que por tanto dejes siquiera por un momento de apreciarla en lo que vale. Es muy modesta y aún reservada, no gusta de mostrar sus hermosas y admirables cualidades. Mi propia madre, que según tú mismo has de ver, es una mujer buena é inteligente, conoce á Lubov Sergueievna desde hace muchísimos años y no puede ó no quiere comprenderla del todo. Ayer mismo... ahora sabrás porque estaba de tan mal humor cuando tú me lo preguntaste. Anteayer, Lubov Sergueievna quiso que yo la acompañase á casa de Ivan Iakovlevitch... tú habrás, sin duda, oído hablar de Ivan Iakovlevitch, pasa por un loco y en realidad es un hombre

extraordinario. He de decirte ahora que Lubov es muy piadosa y comprende perfectamente á Ivan Iakovlevitch. Con mucha frecuencia va á verle, habla un rato con él y le da para los pobres el dinero que se gana ella trabajando... Oh! es una mujer admirable, tú verás. Pues bien, fui con ella á casa de Ivan Iakovlevitch, y le estoy muy agradecido por haberme hecho conocer á ese hombre de veras extraordinario si los hay en la tierra. Pero mi madre no quiere entender nada de esto, no ve en ello más que superstición. Y ayer, por la primera vez en mi vida, tuve con mi madre una discusión asaz viva,—concluyó, haciendo su habitual gesto con la cabeza, como en recuerdo del sentimiento de disgusto que experimentara cuando la discusión.

—Bien, y qué piensas ahora?... Quiero decir si has pensado alguna vez en el porvenir... Si los dos habéis ya hablado acerca de lo que puede suceder mañana y del modo cómo puede acabar este amor... ó esta amistad?—dije yo más que por nada por sacarle de sus penosos recuerdos.

—Tú quieres decirme con esto si acaso pienso en casarme con ella, verdad?—me preguntó ruborizándose de nuevo, pero mirándome también atrevidamente en los ojos.

«Eso es, en efecto, pensé yo, sin hacer más que mirar á mi amigo; somos ya como dos hombres que viajan solos y discuten acerca de su porvenir... á muchos gustaría podernos oír».

—Y por qué no?—hizo Dmitri después de una pequeña pausa. —Mi objeto, como el de todo hombre razonable, es el de ser feliz, feliz y bueno en toda la medida que posible sea, y si ella lo quiere, en cuanto llegue yo á mi mayor edad, estoy seguro de ser con ella mucho más feliz que con la más estupenda hermosura del mundo.

Así hablando, no habíamos reparado siquiera que nos acercábamos á Kuntzovo, como tampoco habíamos notado que el cielo se había ido oscureciendo y que amenazaba fuerte lluvia. El sol se mostraba ya muy bajo, hacia la derecha de los centenarios árboles de los jardines de Kuntzovo, y casi la mitad de su rojo disco aparecía cubierto por grises y transparentes nubecillas; de la otra mitad del disco solar se escapaban fragmentos de rayos inflamados iluminando fantásticamente los árboles del jardín que se destacaban inmóviles, recortándose sus copas verdes y espesas sobre la parte del cielo que era todavía azul y clara. El esplendor de esta parte del espacio contrastaba fuertemente con los pesados nubarrones de color violeta oscuro que veíanse allá lejos, enfrente de nosotros.

Algo más á la derecha, por detrás de los bosques, se descu-

brian ya las techumbres diversamente pintadas de las casas de campo, reflejando algunas los brillantes rayos del sol, mientras que tomaban otras los tintes oscuros del otro lado del cielo. En la parte baja, hacia la izquierda, relucía un azulado é inmóvil estan-



que rodeado de citisos de un verde muy pálido que se reflejaban en negro sobre la superficie mate de las aguas. Más allá del estanque se extendía una especie de terreno inculto, que se alargaba hasta parecer tocar el oscuro y plomizo horizonte. A cada lado del camino que seguíamos, extendíanse vastos campos de centeno cuyas espigas comenzaban á surgir tiernas y flexibles. El aire era suave y fresco, y el verde de los árboles, de las hojas, de los centenos se mantenía incambiante y por demás puro y claro. Cada hoja, cada yerbecilla parecía vivir de su propia existencia y plenamente feliz. Cerca de la carretera, descubrí de pronto un pequeño camino que serpenteaba á través de los sembrados ya crecidos, destacándose como una cinta oscura por entre el verde subido del centeno, y este caminito, no sé por qué, me recordó súbitamente los campos donde transcurrió mi primera infancia; y enseguida estos recuerdos, por una extraña asociación de ideas, me trajeron vivamente á la memoria la imagen de Sonitchka y la idea de que estaba yo perdidamente enamorado de ella.

Con todo y mi amistad por Dmitri y el inmenso placer que me causaba su franqueza, ya nada más quise saber de sus sentimientos y de sus intenciones acerca de Lubov Sergueievna, deseando comunicarle mi profundo amor por Sonitchka, el cual me parecía bastante más superior que el suyo. Pero, no sé por qué, no me decidí finalmente á comunicarle con franqueza todos mis planes para el porvenir: lo muy feliz que seré cuando, ya esposo de Sonitchka, viviré en el campo y seré padre de numerosos niños que se arrastrarán por tierra y me llamarán «papá» y lo que me gustará recibirles en mi casa á él y á su mujer Lubov cuando, en traje de camino, se detendrán ante mi hacienda... En lugar de todo esto, solamente le dije á mi amigo, mostrándole el sol poniente: «Mira, Dmitri, mira cuán hermoso es!»

Dmitri no me contestó, pero le pareció sin duda muy bien que,

como en contestación á sus francas confesiones, yo le llamé la atención sobre los hermosos espectáculos de la naturaleza, hacia la cual en realidad no sentía grandes entusiasmos. La naturaleza obraba en él de muy distinta manera que en mí. Le interesaba, más que por sus bellezas, porque despertaba su curiosidad, y si la admiraba era más con la cabeza que con el corazón.

—Yo me siento hoy muy feliz,—le dije luego, sin reparar que se hallaba absorbido enteramente por sus propias ideas é indiferente á todo lo que yo le pudiese decir;—ya te acordarás que alguna vez te he hablado de una niña de la cual me enamoré en mi infancia; pues bien, hoy la he visto y me siento profundamente enamorado...

Y, á pesar de que persistía en su rostro la expresión de indiferencia, le conté toda la historia de mi amor, y también todos mis planes de futura felicidad conyugal. Pero, cosa bien extraña, á medida que le iba contando á mi amigo en todos sus detalles mis pensamientos, ponderándole la fuerza de mi pasión, empecé á sentir, en aquel mismo punto, que mi amor comenzaba á decrecer.

La lluvia nos atrapó en el momento que volvíamos la alameda que conducía á la casa, pero nosotros no nos mojamos lo más mínimo. Entendí únicamente que llovía porque algunas gotitas de agua me dieron en las manos y en la cara y porque se oía distintamente el golpetear de la lluvia sobre las hojas de los árboles, los cuales parecían recibir las transparentes gotas de agua con alegría inmensa, que se expresaba con el fuerte y delicioso aroma que llenaba toda la avenida. Bajamos del carruaje y dando una pequeña carrera, para no mojar-nos tanto, llegamos á la casa, en cuyo vestíbulo hallamos á cuatro mujeres: dos de ellas estaban cosiendo ó bordando, la otra leía y la cuarta tenía un perrito sobre las rodillas. Todas cuatro al llegar nosotros, huyendo de la lluvia, corrían á meterse más adentro. Se detuvieron un punto al vernos, y Dmitri sin esperar á más me presentó en el acto y bajo la lluvia, á su madre, á su hermana,



á su tía y á Lubov Sergueievna; pero la lluvia se iba haciendo á cada momento más densa, y una de ellas, que me pareció ser la madre de Dmitri, exclamó de pronto:

—Vamos á la galería, allá arriba, y nos presentarás de nuevo á tu amigo,—y juntos subimos la escalinata.



XXIII

Los Nekhludov

EN los primeros momentos, entre todas esas mujeres, la que más fuertemente atrajo mi atención fué Lubov Sergueievna, la cual con un perrito en brazos iba subiendo la escalera la última de todas, deteniéndose alguna vez para mirarme y besando luego á su perro cuantas veces ejecutó esta maniobra.

Era muy fea, fea de verdad; tenía el rostro muy encarnado y toda ella era extraordinariamente enjuta, y, además, de pequeña estatura y algo torcida. Y lo que afeaba todavía su feísimo rostro era el extravagante peinado que llevaba, con la raya toda á un lado: uno de esos peinados que inventan las mujeres calvas. A pesar de mis deseos de ser agradable á mi amigo, no supe hallar en ella el más insignificante rasgo que despertase simpatía ó atracción. Hasta sus ojos oscuros, aún expresando una profunda bondad, eran excesivamente pequeños, sin brillo y de veras feos; finalmente las manos, que en muchas mujeres constituyen la única prenda de hermosura que poseen, las tenía de forma ordinaria y desagradablemente arrugadas.

Al entrar detrás de ellas en la galería, cada una de esas damas me fué diciendo algunas frases de cumplido, menos Varenka, la hermana de Dmitri, que no hacía más que mirarme atentamente con sus grandes ojos de un gris oscuro, y cuando las demás volvieron á sus interrumpidas labores, ella se puso á leer en alta voz